

## **Domingo XVIII del Tiempo Ordinario (03-08-25)**

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, buenos días a todos.

Esta vez, el Evangelio de San Lucas (12, 13-21) nos ayuda porque conocemos muchas frases en nuestra vida similar a lo que está recomendando Jesús: “¿De quién será lo que has preparado?”. Por ejemplo, esa expresión: “*Nadie sabe para quién trabaja*”. Esa persona que ha acumulado mucho dinero, que vive la “gran vida” y que ya, entonces, tiene todo, ha progresado enormemente y cree que puede dedicarse simplemente a sí mismo. Este encerramiento en sí mismo lleva, finalmente, a no darse cuenta de que la vida es limitada, no tiene sentido del límite. Es una persona que está tan ensoberbecida sobre sí misma, y está pensando tanto en sí misma que cree que su riqueza lo hace eterno. Es lo que nos pasa hoy día en todo el mundo con las ambiciones de poder o pretensiones que son prácticamente locas cuando se piensa: “Yo decido la vida del mundo e impongo lo que sea”.

Hay una tendencia de los seres humanos, como hemos sido creados por Dios y para Dios, que tenemos el riesgo de creernos dioses, es decir, endiosarnos. Y Dios lo que quiere, habiéndonos creado a su imagen y para semejanza

nuestra, es realizar en nosotros lo que es más sustancial de Dios: el amor.

Estamos ahora con dos sacerdotes de la comunidad de la Trinidad; ellos son padres trinitarios, y nosotros hemos sido creados a imagen y semejanza de la Trinidad, para ser semejantes a la Trinidad. Es decir, no semejantes a un Dios solitario, sino **solidario**. Ya en la Fiesta de la Santísima Trinidad explicábamos eso: Dios es Padre y siempre está relacionado con el Hijo, y el Padre y el Hijo se aman eternamente porque en ellos hay un Espíritu que forma esa comunidad y es una persona de una comunidad. Y si Él nos ha creado a su imagen, entonces, es a la imagen de una relación interpersonal, y para ser semejantes a Él, es decir, nos crea para crecer en ese amor y ser similares a Dios, no igualitos, pero sí similares. Por lo tanto, nuestro destino, nuestro futuro, es Dios como amor, no como ser solitario, individualista, egoísta, que solamente se mira a sí mismo. Nuestro futuro es la humanidad dentro de la comunidad de Dios trinitario.

Y, como claro, todo eso lo asemejamos a la tradición de todos los pueblos que creen en un solo Dios, pensamos que un solo Dios no tiene internamente una unidad dinámica, sino una unidad estática. Un solo Dios, que es como una especie de momia, y nosotros no adoramos a las momias, reconocemos que seremos momia en algún

momento, pero Dios nos va a resucitar para ser hermanos, porque todos somos hermanos y nuestro destino es hermanarnos y recibir vida plena, como establece Jesús que, siendo el Hijo, se hermana y nos hermana a nosotros y nos da como padre común a su Padre, y el Espíritu que reina entre todos es el que reina también en nosotros. Y esto sucede cada vez que vivimos en armonía.

Hoy día, esto es muy importante. Lo que están recomendando las lecturas porque se nos hace ver que vivimos, quizás, distraídos de ese Dios. Inclusive, podemos ser creyentes en un Dios, que está bien que tengamos una tendencia a creer en uno a través de diferentes imágenes porque las religiones son diferentes en el mundo, pero todos debemos aspirar siempre a algo mucho más profundo: saber cómo es vivir a Dios en nuestras vidas. Y el aporte de la fe cristiana a todas las religiones del mundo ha sido **el amor** que, como ustedes ven, es constitutivo de todos nosotros.

Los chicos de la confirmación están formándose para recibir el sacramento de la Confirmación, por ejemplo, pero una cosa muy importante es, primero, saber quiénes somos los seres humanos y quién es cada uno de ustedes. Y ¿cómo uno aprende eso? Amándose a sí mismo y viendo el rostro al Otro, también amando al Otro.

Cuando nos amamos a nosotros mismos siempre hablamos con nosotros mismos, ¿no es cierto? ¿O ustedes no hablan solos? ¿No se dicen a sí mismos: “Oye, Huguito, compórtate bien, que te has portado mal” ... Porque somos nosotros y el otro que hay en nosotros, al que desconocemos muchas veces, y hay que irlo conociendo poco a poco. Somos nuestra conciencia, pero también está nuestro ser; y, primero, es nuestro ser, y nuestra conciencia debe ir avanzando en comprender aquel que somos.

Somos trinitarios, todos, todo ser humano y, por ello, estamos hechos para adelante, ¿no es cierto? Con ojos para ver al Otro, con brazos para abrazar, con una experiencia humana viva que se desarrolla a partir de nuestro ser. Si no, hubiéramos sido creados “cerrados”, pero Dios nos ha creado **abiertos**. Y la vida es estar permanentemente atento a los acontecimientos, a los problemas y, finalmente, siempre atentos, porque todo es basado en el Otro que es Dios, atentos al último que es Dios, pero también, a través de los otros, no directamente. Por eso, Jesús, cuando caminaba y oraba a su Padre, siempre estaba mirando el rostro de los demás, rezaba, bajaba del monte y caminaba con la gente y ayudaba. Y ese es el corazón de nuestra fe.

¿Por qué razón plantea Jesús este problema del egoísmo?  
¿De la persona que quiere inmediatamente ver que Jesús

los ayude a repartir la herencia? Es un problema enorme que tenemos en el egoísmo nacional cuando se muere un papá o una mamá. ¿Quién se queda con la herencia? ¡Cuántas peleas ha habido en las familias! Tenemos que aprender a renunciar a las ambiciones por encima del resto, y que cada uno deba tener lo suyo, lo justo y respetarlo. Y tenemos que aprender eso entre nosotros a constituirlo como una forma de actuar y de tratar el tema de las herencias, por ejemplo.

Aun así, Jesús dice: “Yo no estoy aquí para ser juez en este asunto, pero sí observo que en ustedes hay mucha codicia”. Se habla de varios desórdenes en estas lecturas: de la fornicación, de la impureza, pero a la codicia dice Pablo que es una idolatría, que es una cosa tremenda, la codicia.

El codicioso siempre se apodera, inclusive, de las cosas de los demás sin ningún permiso porque cree que tiene derecho a todo. Y Jesús nos libera de eso porque nos ayuda a comprender que eso no lleva a la felicidad, eso lleva a la estupidez, a la locura, a la autodestrucción, al suicidio. Y, por eso, Dios nos quiere vivos, no nos quiere muertos. Jesús enseña eso a sus discípulos, a aprender la generosidad, la sencillez de la generosidad.

Hoy día, hermanos y hermanas, estamos, en realidad, todos tratando de ayudarnos en una situación difícil y sigamos en esa forma. Ayudémonos, veamos cómo salimos de esta todos juntos. No peleemos nosotros los unos contra los otros. Algunos van a querer, evidentemente, apoderarse de nosotros, pero, si nos organizamos bien, a la vez, compartimos la capacidad de amar con otros y, en cierto modo, presionamos para que ese egoísta que está haciendo su vida y se olvida de los pobres y la gente que sufre, al final, ceda.

Ese camino es el que quería Jesús, que su Iglesia sea la alentadora de la posibilidad de que todos los seres humanos seamos reconocidos en forma digna. Y, si bien es cierto que el amor es una actitud también espiritual, tiene sus consecuencias en una solidaridad social. Y, por eso, la doctrina social de la Iglesia es fundamental en estos momentos en el mundo. Tanto que el Papa León XIV ha dicho que va a escribir un documento inspirado en la Rerum Novarum que hizo León XIII. O sea, la Encíclica que hace más de un siglo escribió León XIII fue sobre las cosas nuevas que impedían la solidaridad de los seres humanos y los explotaban y los maltrataban.

Hoy día hay otros elementos que contribuían a nuestro egoísmo y que, más bien, tenemos que ver la manera de superarlo. Para ello Francisco escribió la “*fratelli tutti*”, León

XIV escribirá con otros elementos que han acentuado el egoísmo. Y eso se logra con la solidaridad, la ayuda mutua, que, además, siempre debemos agradecer por parte de la Iglesia de Lima a todos ustedes porque hasta ahora nos llegan muchísimas donaciones para poderlas compartir con los más pobres, especialmente, las ollas comunes.

Por último, quisiera hacer una pequeña reflexión sobre el primer texto del libro del Eclesiastés (1, 2; 2, 21-23). El texto dice: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”, pero no es exactamente la traducción. La traducción exacta es: “soplo de soplos, todo es soplo”, o sea, todo es pasajero, todo se diluye, es algo así como un vapor. Y esto es porque los hebreos vivieron bajo el dominio griego, y los primeros griegos que los dominaron, desde Alejandría, que es en el sur de Israel, ya entrando en África, gobernaron unos gobernantes griegos que se llamaron los ptolomeos. Estos coparon el mundo de tal manera que eran algo así como unos dioses en vida, y ellos se llamaban a sí mismos “soles”, porque en Egipto se adora al sol, como los incas (“Osiris” se llama en el lenguaje de los egipcios).

Y, entonces, Qohélet que es el autor, cuyo nombre se traduce, “aquel que convoca en asamblea”, eso significa “Qohélet”, el libro, y le decimos “Eclesiastés” por eso mismo: convocar en Iglesia, en asamblea. Qohélet empezó a darse cuenta de que, en esa situación, había tal nivel de

indiferencias, y de dispersion, de maltratos que todo empezó a aparecer que todo era tonto, era absurdo. Por eso dice la traducción - que hemos empleado nosotros - era "vana". Como que se había puesto de moda la vanidad.

Y eso es una cosa que está pasando hoy día: lo absurdo se está poniendo a la moda. Hacer tonterías es lo máximo, y con eso lo poderosos nos atontan a nosotros y todos, entonces eliminamos la inteligencia y la sabiduría que nos puede sacar de la inconsciencia de vivir de esa manera.

El Papa León XIV, hoy en esta jornada del Jubileo de la Juventud que ha tenido un millón de jóvenes en la última misa, señala a los jóvenes: "Busquen siempre a Dios, busquen la santidad, enamórense de ella". La santidad es esa capacidad de amar que tiene la Trinidad que nos convierte en capaces de ama. Sean santos como la Trinidad es santa. Y esto es importante en esta situación actual porque vivimos distraídos en muchas cosas, apurados, nos vienen imágenes de todo tipo y nos atontan también.

Entonces, la gran lección de esta mañana es, si el amor es lo central y las riquezas nos llevan a hundirnos, a autodestruirnos, debemos tener la capacidad de percibir que la riqueza se debe ordenar al servicio de todos y que para eso aprendamos todos siempre a compartir y a tener

en cuenta que el compartir es el principio fundamental de la vida, para que las cosas no sean absurdas, no sean tontas y así no fatigarse en vano.

Eso es una cosa muy linda en el libro del Qohélet. Por favor, les digo a los chicos que puedan leerlo también, para la Confirmación, lo pueden leer en la Biblia. Siempre dice Qohélet: “todo es absurdo, todo es tonto, todo es vacío, todo es sopro **bajo el sol** ... pero **bajo el cielo** todo tiene su lugar y su orden, todo tiene su tiempo y su esperanza”. Y eso es muy importante porque el cielo es más grande que el sol. Como estos emperadores se trataban de llamar “soles”, entonces, se ponían como que ellos eran la última palabra, o sea eran “dioses”. Pero resulta que existe el cielo, existe el espacio más amplio y está Dios rodeándonos por todas partes y, por lo tanto, hay esperanza. Algún día saldremos del dominio de estos “soles” y podremos ver cara a cara al Señor porque vamos hacia Él.

Que Dios los bendiga a todos, y que todos aprendamos de esta enseñanza de Jesús: que la codicia nos destruye, en cambio, la solidaridad nos hace plenamente personas, plenamente amados y realizados en el amor, que es el fundamento de nuestra vida.

Bendiciones para todos. Amén.